

El desarrollo de estos argumentos gira, sobre todo, en torno a los dos grandes ejemplos típicos y radicales del gótico: Saint Denis y Chartres, no sólo tomados como aislados hechos constructivos, sino como centros de realización y difusión del pensamiento platonizante que antes esbozamos, liderado por personajes como Suger y Jean de Salisbury.

A partir de estos presupuestos filosóficos, Simson ataca el análisis de la catedral en su aspecto constructivo, comenzando por el diseño, en donde encuentra la perfecta expresión del simbolismo gráfico y proyectivo con el saber constructivo, matemáticamente recortado sobre los fenómenos de elevación de alzados y compensación de cargas. Menos le importan los detalles de estilo, pues éste deviene de la catedral gótica como fenómeno integral, o sea, como hecho arquitectural y monumento litúrgico-alegórico.

A estos componentes de carácter ideológico Simson agrega la consideración de los fenómenos políticos y económicos que diseñan la ciudad medieval de los siglos XII y XIII: consolidación de la vida urbana, esbozo del Estado protonacional en Francia, sistema de gasto del excedente económico y de reproducción de las inversiones a través de los títulos de la deuda pública y contribuciones que financian la catedral y la convierten en el primer fenómeno turístico de la modernidad: la peregrinación.

El libro de Simson acierta en todos sus niveles, aunque algún lector críticamente situado en otros presupuestos pueda objetarle el método. Pero aceptado éste, el nivel de documentación erudita, el desarrollo expositivo conciso y exhaustivo y la amenidad del relato que no ahorra escenas, consideraciones anecdóticas y crónicas de aquella época gigantesca y delicada, terminan por cautivar a cualquier lector.

La contribución metódica no es menor, aunque no está expresa: se trata de correlacionar la tipología arquitectónica y los alcances técnicos de una época del arte o ciencia de construir con los sistemas de cultura vigente, y nunca tan integrados en construcciones unitarias como en la Alta Edad Media, de donde surge la catedral gótica, disparada, en sus dos flechazos de piedra, hacia el pleno espacio de los Tiempos Modernos.—*B. M.*

LUIS BERENGUER: *Tamatea, novia del otoño*, prólogo de Alfonso Grosso, Altalena, Madrid, 1980, 175 pp.

He aquí la novela póstuma de Berenguer, el último eslabón de la cadena que diseñan *El mundo de Juan Lobón*, *Marea escorada*, *Leña verde* y *La noche de Catalina Virgen*. De algún modo, el autoanálisis que hace el protagonista-narrador también es el balance de una existencia. El varón que ha servido involuntaria pero inevitablemente a la mujer a lo largo de una vida y que llega a la madurez (y al otoño, que aparece como obvio anuncio en el título) para encontrarse con la mujer como una figura vaga y enigmática.

Las tensiones del narrador van de Maru, la hembra que lo desfloró (y que en su fantasía posee los secretos de su dificultosa virilidad y la flor de su honra), a Eulalia, la mujer institucional, y a Tamatea, la adolescente que, en cierto modo, se confunde con la hija, con su encanto pueril e incestuoso, ya que permite montar la intriga sobre la cual aspira a sostenerse la novela.

Esta reflexión del personaje puede adelantar la clave (p. 80):

Es extraño comprender que hablar de Maru, hablar de Eulalia o hablar de Tamatea sea hablar de mí mismo, no de mis relaciones con las mujeres clave de mi vida. No es la aventura de vivir con ellas, sino de vivir por ellas, para ellas, y la de sentirme como un barco sin viento cuando me faltan. Nunca he tenido miedo de perderlas en el sentido celos o en el sentido cuernos, que se fueran con otro, sino en el inmenso miedo de sentir un vacío sin llenar que alguien ha de ocupar, siempre contra mi voluntad: despertar por las noches con un peso en el corazón, pronunciar un nombre nuevo y no saber por qué eso duele tanto.

A través de una somera historia policial, constantes «flashes» hacia el pasado que contienen una biografía y descripciones de ambientes de la nueva burguesía española hacia los años sesenta, Berenguer esboza la problemática central que el final abierto y ambiguo deja con un haz de hilos en las manos del lector, para seguir trenzando sus hipótesis: ¿quién es Tamatea, si alguna vez existió? ¿El mito de la novia eterna, perpetuamente núbil y virgen, o una mujer como cualquiera, la hembra de la biología, preñada por alguien y que —sólo ella— es dueña de sí misma y de su hijo?

Enésima versión de una leyenda que ronda los abismos de la diferencia sexual —la abeja reina, la mantis religiosa que sólo apetece al hombre como instrumento de su función perpetuadora de la vida—, la historia de Tamatea deja al varón en el vago espacio del *chevalier servant*: lo activo de la vida, en contra de la apariencia convencional,

es lo femenino. Lo masculino es mera encarnación del hijo, del golfo, del esposo, del padre que las mujeres necesitan, adoptan y utilizan.

Berenguer es ducho en fórmulas que, sin desbordar la sorpresa del lector, son, sin embargo, de una eficacia artesanal suficiente. Su relato va con rapidez y medida de un nivel a otro de los tiempos narrativos, de las anécdotas fragmentarias que van componiendo el difícil rostro del protagonista. Su libro se reclama del leve suspenso policial, tanto como de la novela psicológica y la esbozada evocación de ambientes. Puede ser tomada, sin riesgo, como un ejercicio en el viejo juego de entretenerse y descifrar a los hombres por medio de la letra impresa.—*B. M.*

BRUNO RIZZI: *La burocratización del mundo*, traducción y postfacio de Juan Ramón Capella, prefacio de Salvador Giner, Península, Barcelona, 1980, 246 pp.

La aparición de la burocracia como nueva clase social es un fenómeno que afecta, de manera axial, al pensamiento político de nuestro tiempo. Por un lado, señala la formación de un capitalismo de Estado o colectivismo burocrático en los países así llamados «comunistas». Por otro, indica una probable transformación del capitalismo clásico, monopólico y multinacional, bajo la gerencia de una clase que no es la burguesía reconocida.

Sobre este tema se ha escrito mucho en los últimos cuarenta años. Los marxistas han tratado de apelar a sus clásicos, pero se han encontrado con menciones fragmentarias al funcionariado de las sociedades anónimas y a los burócratas del capital financiero, que explotaban en nombre de la burguesía, ejerciendo una administración por cuenta ajena del capital impersonal y disperso. El marxismo no pudo prever la creciente corporativización de la economía al ritmo de su tecnificación cada vez mayor. La intuición—no la solución—corresponde a los fascismos.

En 1939, de manera semiclandestina, Bruno Rizzi daba a conocer su folleto. La suerte manifiesta del texto iba a ser oscura, pero su éxito como fuente de reflexiones, amplio. Lo popularizaron y deformaron libros de amplia circulación, como *La revolución gerencial*, de James Burnham, y *La nueva clase*, de Milovan Djilas. Ahora se lo revalora como el antepasado de la problemática presente.

Texto en parte panfletario y apresurado, poco preciso en su lenguaje por momentos, *La burocratización* contiene, sin embargo, algunos

nudos conceptuales sin los que es imposible pensar el mundo moderno. Uno de ellos es la definición de la URSS como un Estado colectivista burocrático, que nunca fue socialista y que propone una nueva categoría al pensamiento sociológico. Otra, el conflicto entre burocracia capitalista y burguesía en los regímenes fascistas. Por fin, la orientación dominante en el mundo actual que, contra las previsiones de Marx, no se acerca a parámetros socialistas, sino a una generalizada burocratización, a la unidad del mercado mundial y al dominio de una tecnocracia gerencial que desvanece la lucha final entre la burguesía y el proletariado al carácter de escena literaria.

Rizzi acierta en estas líneas. Yerra en otras. Evidentemente, el surgimiento del capitalismo de Estado colectivista y burocrático, con la apariencia de una revolución comunista, en los países atrasados, no es casual. El Estado como clase explotadora impersonal es un motor del desarrollo que suple las tareas históricas y deficitarias de la burguesía local. En esto, el fenómeno URSS, con no ser socialista, tampoco se puede considerar un regreso a la servidumbre, con todas las analogías que puedan encontrarse entre burocracia y aristocracia.

El texto de Rizzi contiene cierta alarma por el final del mundo: el fin de la era burguesa y de sus ilusiones (entre ellas, la revolución proletaria mundial) y la melancolía por un mundo de libertades (entre ellas, la de mercado) que se gasta y desvanece. Pero incita, a la vez, a repensar las cosas y las categorías mentales con que se han tratado de entender hasta el presente.

La reedición es muy oportuna y se vincula con la revalorización de Rizzi que ocurre actualmente en Europa. Los apéndices ilustran sobre la oscuridad que rodeó a la figura del autor (1901-1977), su carácter de comunista de la fracción Bordiga dentro del PCI o de trotskista disidente y los huecos y apresuramientos de su discurso, que Capella examina con rigor que merece agradecimiento.—B. M.

FAUSTO NICOLINI: *Benedetto Croce*, UTET, Torino, 1976, 538 pp., con 21 ilustraciones fuera de texto.

Tardíamente se distribuye en España esta biografía exhaustiva de Croce, debida a su colaborador más inmediato durante casi medio siglo de vida y trabajo intelectual, y que es el texto con que se abrió la colección *La vita sociale della nuova Italia*, dirigida por Nino Valeri.

Biografiar a Croce no es tarea pintoresca, pues se trata de una vida larga y laboriosa, carente de aventura «exterior», como no sea la de cualquier ser humano de su tiempo y su condición. En cambio,